

y remedios á un desconocido á quien nunca volverá á ver. Este es uno de aquellos rasgos de bondad que refrescan el alma, y revelan la generosa naturaleza del hombre en todos los países y en todos los climas. El señor Maurides me halló casi convaleciente, y como sus asuntos le llamaban á Filipópolis, el mismo día se puso de nuevo en camino, dejándome su médico macedon, mozo muy instruido, que habia hecho sus estudios en Semlin, en Hungría, y hablaba en latin. Su saber nos fué inutil; la ternura, la presencia de ánimo y la enérgica resolucion de mi muger habian suplido á todo, pero su compañía nos fué muy grata durante los veinte mortales dias que pasamos en Jenikeui, necesarios para acabar de restablecerme.

El príncipe de Tatar-Bazargik, noticioso, desde el primer momento, de mi enfermedad, me dió las mas cordiales pruebas de interés y hospitalidad. Todos los dias me envió carneros y terneras para mis criados, y durante todo el tiempo que me detuve en Jenikeui, cinco ó seis ginetes de su guardia estuvieron constantemente en mi patio, prontos á ejecutar todas mis órdenes. Durante los últimos dias de mi convalecencia, me acompañaron en mis paseos á caballo por el magnífico valle y las montañas de las cercanías de Jenikeui: el príncipe me hizo ofrecer

hasta esclavos: — un destacamento de su guardia me acompañó, cuando proseguimos nuestro viage, hasta los límites de su gobierno. Allí tuve ocasion de estudiar, en el interior mismo de las familias, las costumbres de los Búlgaros, que son las mismas de nuestros labradores: — estos hombres son sencillos, mansos, laboriosos, llenos de respeto á sus sacerdotes y de celo por su religion, que es la griega. Los sacerdotes son unos meros labradores, como ellos. Los Búlgaros forman una poblacion de muchos millones de hombres, y que aumenta continuamente; viven en grandes aldeas ó pequeñas ciudades separadas de las de los Turcos: un Turco ó dos, comisionados por el bajá ó el ayam, recorren todo el año estos pueblos para recaudar las contribuciones; fuera de esto y de algunas cargas, viven en paz y con bastante libertad. Su trage es el de los labradores de Alemania; las casadas y las doncellas se visten con corta diferencia como las serranas Suizas; son bonitas, vivas y graciosas. Las costumbres me han parecido puras, aunque las mugeres no van tapadas, como en Turquía, y tratan libremente con los hombres; he visto bailes campestres entre los Búlgaros como en nuestras campiñas de Francia: — desprecian y aborrecen á los Turcos, están completamente maduros para la independencía, y formarán con los Servios,

sus vecinos, la base de los futuros estados de la Turquía de Europa. El país que habitan sería en breve un delicioso jardín si la ciega y estúpida opresión, no del gobierno, sino de la administración turca, les dejase cultivarlo con alguna más seguridad: — estos pueblos tienen pasión por la tierra.

Dejo con sentimiento á Jenikeui y á sus honrados y bondadosos labradores: este lugar es una residencia deliciosa para el verano: — todo el pueblo nos acompañó hasta una legua en el interior del Balkan y nos colmó de votos y de bendiciones. En un día cruzamos el primer Balkan: — quinientos jornaleros trabajando bien en una sola estación abrirían en estas hermosas montañas un magnífico camino real.

En tres días llegamos á Sofía, ciudad grande situada en un llano que riega un río, y en que residía un bajá: hizo que saliese á recibirme su kaia y que se me diese la casa de un comerciante griego, en la que pasé un día entero; el bajá me envió abundantes provisiones y no quiso admitir ningún regalo. El pueblo no tiene nada de particular. — En cuatro jornadas, ya por montañas de fácil paso, ya por valles y llanos admirablemente fértiles, pero despoblados, llegué á la llanura de Nisa, última ciudad turca, casi en las fronteras de la Servia: hacía un sol abrasador; á

cosa de una legua de la ciudad, ví alzarse en medio del llano una ancha torre blanca, brillante como marmol de Paros; el sendero que yo seguía, á media hora de marcha delante de la caravana, me conducía á ella, y cuando llegué á su pié, dí mi caballo á un muchacho turco que me acompañaba, y me tendí á la sombra para dormir un rato; pero no bien me hube echado, cuando levantando los ojos al monumento que me prestaba su sombra, ví que sus tapias, que me habían parecido de marmol ó de piedra blanca, estaban formadas con sillares regulares de cráneos humanos. Aquellos cráneos y aquellos rostros de hombres, descarnados y blanqueados por la lluvia y el sol, cimentados con un poco de arena y cal, formaban enteramente el arco triunfal que me cubría; — podría haber de quince á veinte mil; algunas calaveras conservaban todavía mechones de pelo que flotaban como liquen y musgo al soplo del viento; la brisa de las montañas soplaba viva y fresca, y colándose por las innumerables cavidades de los huesos les hacían espedir largos y lastimeros silbos. No tenía yo nadie que me esplicase la significación de aquel horrible monumento; el muchacho que tenía del freno los dos caballos estaba jugando con los huesos de las calaveras desmoronadas al pié de la torre; yo estaba tan rendi-

do por el cansancio, el calor y el sueño, que me dormí con la cabeza apoyada en aquellas paredes hechas con cabezas cortadas; al despertarme, me hallé rodeado de la caravana y de varios ginetes turcos que habian salido de Nisa para acompañarnos á la ciudad; por ellos supe que aquellas eran las cabezas de quince mil Servios, sacrificados por el bajá en el último levantamiento de la Servia. La llanura en que nos hallábamos habia sido el campo de muerte de aquellos generosos insurgentes, y aquel monumento era su sepulcro; saludé con los ojos y con el corazón las reliquias de aquellos hombres heroicos, cuyas cabezas cortadas son el origen de la independencia de su patria. La Servia en la que íbamos á entrar, es ahora libre, y el eco que hacia espedir á la torre de los Servios muertos por su patria el viento de las montañas, era un canto de libertad y gloria! Pronto poseerán la misma ciudad de Nisa, y entonces harán bien en dejar subsistir ese monumento, que enseñará á sus hijos lo que vale la independencia de un pueblo, manifestándoles á qué precio la compraron sus padres!

Nisa se parece á Sofia, y no tiene ningun caracter. — Pasamos un dia en este pueblo. — Pasada Nisa, se entra en las hermosas montañas y en el oceano de bosques de la Servia. Estos bosques

virgenes se estienden por todas partes tanto como el horizonte, dejando serpear solamente un ancho camino recién abierto por el príncipe Milosch, gefe independiente de la Servia. Por espacio de seis dias seguimos internándonos en esas magníficas y perpetuas espesuras, sin mas espectáculo que las columnatas sin fin de los altos y enormes troncos de las hayas, las oleadas de hojas mecidas por el viento, y las calles de colinas y de montañas, uniformemente cubiertas de sus encinas seculares.

Solo de cinco en cinco, ó de seis en seis leguas, al bajar á algun valle algo mas ancho que los demas, y por donde corre un rio, se ven entre los árboles graciosas aldeas con sus casitas de madera blancas y nuevas, y una iglesita, que se estienden á la orilla del agua, en medio de verdes praderas y melonares. Los vecinos, sentados en divanes de madera delante de sus tiendas, trabajan en diferentes oficios; su fisonomía, aunque afable y bondadosa, tiene algo de septentrional, de enérgico, de altivo, que al instante recuerda un pueblo ya libre y digno de serlo: — en todas partes nos reciben con hospitalidad y respeto; — nos preparan la casa mejor del pueblo; — el cura sale á conversar con nosotros; — ya se empiezan á hallar en las casas algunos muebles de Europa; las mugeres no van

tapadas; — se hallan en los prados y en los bosques cuadrillas de mancebos y de muchachas que salen juntos á la labranza y van entonando canciones nacionales que recuerdan el *ranz* de las vacas¹. Estas muchachas llevan una camisa muy ancha que les cubre el pecho y los hombros, y un zagalejo corto de lana parda ó colorada; su frescura, su alegría, la limpidez de sus frentes, y de sus ojos las hacen parecerse á las hermosas mugeres de Berna ó de las montañas de Lucerna.

Allí nos abandonan nuestros fieles compañeros de todos los *konaks* de Turquía; ya no vemos las cigüeñas, cuyos anchos nidos, semejantes á cunas de juncos, coronan la cima de todas las mezquitas en la Turquía de Europa y sirven de techo á los minaretes derruidos; todas las tardes, al llegar á las aldeas ó á los *kans* desiertos, las veíamos rondar de dos en dos al rededor de nuestra tienda; los polluelos, sacando sus largos cuellos fuera del nido como una camada de serpientes, tienden el pico á la madre que, medio suspendida sobre sus anchas alas, les reparte su sustento que trae de los vecinos pantanos;

¹ Bellísimo canto nacional de los pastores suizos, que Rossini ha insertado entre las melodías de su admirable *Guillermo Tell*, — N. del T.

FIN DEL TOMO II

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

30990

915.6

L217v

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.
30990

NO. CLAS.
915.6
L217v

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

30990

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

915.6
L217v

Martine, Alphonse Marie Louis de -
rat de, 1790-1869
Viage a Oriente;...

